

The Mirror Column
7-21
Bishop William Joensen

Una Renovación Gentil y Ordinaria

El Chef Mark Peel se elevó en los rangos culinarios en las cocinas de restaurantes famosos en Paris, West Hollywood y otros lugares de moda antes de abrir La Campanile en Los Ángeles junto con su entonces esposa Nancy a inicios de los años 2000. Él escribió algunos libros de cocina muy populares y se ganó el premio James Beard por ser un restaurante americano extraordinario. El Chef Peel no se ganó su reputación a base de platos exóticos sino por su estilo de granja-a-la-mesa y su sándwich especial de queso fundido y cazuela de fideos con atún hechos con queso gruyer, a la par de platillos nada glamorosos tal como pastel de carne y pastel de pollo. Él comentó una vez, “puedes tomar la receta más sencilla, hacerlo con cariño, buenos ingredientes y amor, y se vuelve una revelación.”

Las revelaciones de Dios mismo son rara vez un acto de fuegos artificiales que explotan a una distancia demasiado cercana. Su cariño tierno y su amor frecuentemente surgen dentro de nuestro interior, en medio de nuestra red de relaciones que forman parte de nuestro círculo de vida diaria. Así como Jesús quien creció en Nazareth para convertirse en un adulto, Dios confía en los ingredientes comunes de la vida ordinaria, incluyendo nuestras familias, nuestras comunidades locales, nuestros trabajos diarios y los placeres simples de disfrutar la compañía de los demás en un ambiente relajado – el cual, con el favor de Dios, incluye nuestra parroquia y los grupos pequeños con quienes nos renovamos y nos refrescamos en nuestra fe católica. La fe no es una simple nota de gracia que se nos da además de todo aquello que Dios quiere que hagamos. La fe es un ingrediente vital en la cocina de colaboración en el plan del reino de Dios. Podemos orar, especialmente antes de las comidas (incluso cuando no estemos muy seguros a hacerlo en

lugares públicos y por lo tanto perdiéndonos de la oportunidad de dar testimonio a los demás), pero debemos traer la fe a la mesa en todas las diversas maneras que forman el misterioso menú de nuestras vidas.

Aún así, la gente de Nazaret que veía la sabiduría y las grandes obras de Jesús, podríamos esperar a un Dios que se pareciera más aun chef Michelin de tres estrellas, quien tiene poder, fama y sorpresa a nuestras vidas. Si nunca nos ganamos una estrella en el Paseo de la Fama de Hollywood, tal vez nos gustaría un Dios que sí se ganara una. La pregunta importante que se presenta a las personas de fe, según el monje Trapista Erasmo Leiva-Merikakis, es: ¿Queremos que nos maraville o que nos salve? De la misma manera, Fabrice Hadjadj nos dice audazmente: “Cada milagro que viene de aquel que creó el curso ordinario de las cosas, no está allá para hacernos voltear a ver lo extraordinario, pero para volver a hacer que nos maravillemos con lo ordinario.”

Podemos decir “oh” y “ah” cuando explotan los fuegos artificiales en el cielo nocturno, pero su explosión es temporal. Qué tan infantil y bendecido es el observar con reverencia a las luciérnagas flotar en los campos. A final de cuentas no podemos controlar el don de Dios en la naturaleza – como cuando trataba en mi niñez, en los días de campo en verano cuando atrapaba muchas luciérnagas y las ponía en un frasco de vidrio en una banca. Podemos capturar y controlar lo que Dios crea con toda su sabiduría y generosidad, para solamente sofocar el misterio si no confiamos lo suficiente para recibirlo y dejarlo ir, dejarlo respirar con la libertad y el desprendimiento que solamente la fe puede hacer posible.

El Chef Mark Peel tenía 66 años cuando murió a mediados de junio. Nuestro querido Padre Daniel Gehler tenía 61 años cuando no se presentó a Misa diaria el 30 de junio en la parroquia de St. Joseph en Earling y que luego los miembros de su parroquia a quienes servía

como párroco, además de las parroquias de St. Peter en Defiance y de St. Michael en Harlan, lo encontraran muerto en su residencia. Después, apenas 10 días después, el Padre David Smith, SJ, párroco de Santa María, Nuestra Señora de Fátima en Portsmouth, St. Boniface en Westphalia y Santa María de la Asunción en Panama, tampoco se presentó a Misa; fue llevado al hospital en condición aparentemente estable, pero de pronto decayó y murió a las pocas horas. Tenía 67 años. Dios se ha llevado a estos dos pastores del condado de Shelby de nuestra familia diocesana de Des Moines de una forma que parece dolorosamente abrupta, incluso violenta. Vivimos nuestro duelo y les seguimos extrañando con cariño.

El Padre Dan nació y creció en una granja en el noroeste de Iowa y aunque eventualmente tuvo una carrera secular en donde su trabajo significaba viajar a ambas costas del país, él tenía su hogar en Iowa y optó por establecerse. Su corazón de servicio era evidente para la gente de la Parroquia de St. Joseph en el este de Des Moines mucho antes de que empezara su formación para el diaconado permanente. Al ordenarse al diaconado, aún estaban allí los anteriores llamados al sacerdocio, pero no fue sino hasta que recibió lo que él llamaba su momento “dos por cuatro” cuando perdió su empleo que tuvo la motivación de su director espiritual y compañeros de clase del diaconado para aplicar para estudio del seminario para el sacerdocio. Se ordenó sacerdote en la Catedral de San Ambrosio el 3 de junio del 2016, y cumplió eventualmente su deseo de ser párroco rural en el condado de Shelby como un “joven sacerdote” a quien el padre Dan Kirby declaró, un día antes de que muriera, que se había “graduado” luego de cinco años en el programa de sacerdotes recién ordenados.

El camino del Padre David Smith al sacerdocio le llevó a unirse a la Provincia de Wisconsin de la orden religiosa jesuita. Él recordaba con mucho aprecio el tiempo que pasó sirviendo a los pueblos nativo-americanos en la escuela Red Cloud Indian School en la

Reservación de Pine Ridge en Dakota del Sur antes de haber sido asignado directamente a nuestra diócesis para dirigir el Centro de Retiros de la Universidad Creighton en Griswold. Él se convirtió en párroco en el condado de Shelby en el 2014 y esperaba permanecer allí mientras su salud se lo permitiese

La fe tanto del Padre Dan Gehler como del Padre David Smith, así como sus personalidades, no eran nada llamativas. Su incansable dedicación a la gente con quienes estaban presentes, así como sus sonrisas, podían iluminar la habitación. Ellos eran – y seguirán siendo – ordinariamente en el mejor de los sentidos y, por esa razón, fueron acogidos calurosamente por lo miembros de sus parroquias y por sus hermanos sacerdotes. Sus debilidades, así como su deseo de cuidar de todos excepto de sí mismo, eran también evidentes, pero eran igualmente entrañables, ya que revelaban cómo la gracia es suficiente, ya que entonces la presencia y el poder de Dios están aún más expuestos. Y ahora, Dios ha levantado los frascos para que las luces del Padre Dan y el Padre Dan puedan elevarse al cielo.

Ambos sacerdotes permanecerán como figuras gentiles y ordinarias en la historia narrativa de la Diócesis de Des Moines, Les honramos con los ritos de la Iglesia y con nuestras continuas oraciones, así como con las historias y tributos con que los seguiremos recordando. Pero honramos más tanto al Padre Dan como al Padre David por vivir día a día nuestra ordinaria y familiar fe, que es todo menos vacía; es la gran aventura que nos ofrece la gracias de Dios. No buscamos el ser maravillados per salvados por el Dios hombre que vino de Nazaret, Jesucristo. Es en el hogar de María y de José y en nuestros propios hogares, en donde se revela el misterio de nuestra redención y en donde todos los ingredientes necesarios están en las alacenas de nuestros corazones.